

Ercilla, poeta joven

ENRIQUE LIHN

Entre los 21 y los 29 años de edad, don Alonso de Ercilla y Zúñiga —poeta joven—, valiéndose de cueros, pedazos de cartas y cortezas, documentó la épica de la conquista de Chile.

No volveré a leer ese libro, es una hazaña hacerlo. Pero se comprende que *La Araucana* obligue a su lectura a los estudiosos. Y que algún poeta la postulara como “fundadora de un pueblo por el poder de la palabra”. Existe una tradición, y voy a respetarla, de admirativa deferencia por esa obra. Una tradición iniciada por los contemporáneos geniales de Ercilla. Así Cervantes, quien militó junto a don Alonso en la guerra del Portugal e hizo de ese caballero —víctima, en su madurez, del “desfavor de la corte”— un personaje agraviado en *La Galatea*. Lo pensó, luego, quijotesco. Lope de Vega y Quevedo, por su parte, respetaron a Ercilla. También (a la francesa) Racine, quien lo juzgó o prejuizó el más razonable de los antiguos poetas españoles.

En Chile, por cierto, después de don Andrés Bello todos han dicho algo a favor de ese poema, desde credos e ideologías opuestas, haciendo de Ercilla una transparente laberinto de lecturas edificantes.

Se sabe que el poeta fue un defensor de los indios (a quienes combatió hasta el fin) en nombre del derecho de gentes. Este legitimaba el empleo de la fuerza entre las naciones a condición de respetar la honra, la vida, la patria, la familia y la propiedad del enemigo. A condición, incluso, de amarlo. Como la conquista de Chile fue brutal y se desarrolló en las antípodas de “la guerra justa”, el guerrero se fue insinuando, al correr de los años y de las octavas reales, como el amigo de sus enemigos y el virtual enemigo de sus amigos.

Tuvo las dificultades que se saben con García Hurtado de Mendoza, su jefe. Leal a Felipe II en cuya corte fuera educado, se embarcó en Panamá, de regreso a España, en una expedición fallida en contra del loco de Lope de Aguirre.

Como toda vida puede ser todas las vidas, el generoso joven fue avaro en su vejez. “Con el tiempo —escribió Medina— a medida que se fue acentuando en él el amor del dinero, le vemos descender hasta prestarse a operaciones de cosas de casas, que llegan a parecernos increíbles”.

La letra se desquitó de la carne. El que había escrito. “Codicicia fue ocasión de tanta guerra y pérdida total de *aquesta* guerra” hizo un pacto con el oro. Y murió amargamente en paz.